

## LIBRO UNDÉCIMO

### EL IMPERIO Y LA SOCIEDAD CRISTIANA

- SUMARIO: I (*Extracto del texto de La Gorce*).—Razones que impulsan á Napoleón III á proteger los intereses católicos.—Favores diversos: vigilancia en materia de venta de impresos: capellanes de las últimas preces: los concilios provinciales; tendencias del gobierno imperial: presentes á las iglesias; deferencia con los obispos; manifestaciones religiosas.—Los prefectos: mala voluntad de algunos y exageraciones de otros.—Lenguaje excelente del emperador.
- II.—Sentimientos del clero: de cómo la expresión de su gratitud se convierte en adulación.—Sus reivindicaciones y sus esperanzas: los artículos orgánicos; el matrimonio civil; el descanso dominical; la Universidad.
- III (*Extracto del texto de La Gorce*).—De cómo, en torno del emperador, se agitan diversas influencias poco favorables á los intereses religiosos: el príncipe Napoleón; el Sr. de Persigny; el prefecto de policía; el partido de los legistas.—De qué manera son descartadas las reivindicaciones del partido católico: la ley de 1854 sobre la organización de la instrucción pública.—Ligeras decepciones, pero que no alteran la armonía general.
- IV (*Extracto del texto de La Gorce*).—La coronación: negociación oficiosa: el general Cotte: Monseñor de Bonnechose y sus conferencias con el papa y el emperador.—De cómo Monseñor de Segur llega á ser el confidente de Napoleón III: Napoleón pide claramente á Pio IX que venga á coronarlo: Pio IX y Monseñor de Segur: la coronación en París ó en Roma: de cómo los largos aplazamientos equivalen al abandono de la negociación.
- V (*Extracto del texto de La Gorce*).—Divisiones entre los católicos.—Luis Veuillot: carácter de su talento y de sus polémicas: influencia del periódico *L'Univers*.—Los católicos liberales.—De cómo se consuma la ruptura: mandato de Monseñor Sibour contra *L'Univers*; incidentes diversos: *L'Univers* juzgado por sí mismo.—Asesinato de Monseñor Sibour.—Apaciguamiento momentáneo entre los católicos.
- VI.—Las obras de la sociedad cristiana.—Establecimientos de segunda enseñanza.—Enseñanza superior: la escuela de los Carmelitas: el Oratorio: curso de la facultad de teología: conferencias en la basílica de Nuestra Señora.—Fundaciones de beneficencia y sirvientes de los pobres: ¿de dónde recibía sus inspiraciones la caridad?—Madama Swetchine; Sor Rosalía.—El Padre Ravignán y sus funerales.
- VII.—De como el gobierno imperial persevera largo tiempo en la misma actitud benévola respecto á los católicos.—El Imperio y las asociaciones de beneficencia: el Imperio y el episcopado.—Lenguaje cristiano del emperador.—Primeras nubes en 1857.—Viaje triunfal del emperador á Bretaña.—Últimos días de la alianza.

#### I

A su advenimiento al trono, varios motivos impulsaron á Napoleón III á inscribir casi al frente de su imperial programa la protección de los intereses católicos.

Era personalmente religioso, aunque sus actos y costumbres no correspondían del todo á sus sentimientos. Los que más á fondo le conocieron afirman que sus creencias, algo vagas, propendían á la superstición. A esos sentimientos íntimos se unía la disposición común á todos los príncipes absolutos que creen asegurar la obediencia haciéndola sagrada. Además, el nuevo soberano, continuador de Napoleón I, no olvidaba que el jefe de su dinastía había restaurado los altares; y hubiera faltado á sus tradiciones de familia si al principio de su reinado no hubiese encadenado á la Iglesia con sus favores. En fin, la situación de los partidos aconsejaba una política favorable al clero. ¿Había nada más fácil ni más hábil que quitar á los realistas su clientela ordinaria, es decir, los curas y las poblaciones católicas? Si el emperador se mostraba tan celoso por la religión como hubiera podido serlo el mismo Enrique V, ¿qué les quedaría á los monárquicos? Algunas individualidades brillantes ó notables, pero impotentes y perdidas en la masa del sufragio universal. La vía estaba bien

trazada, y Napoleón III, en aquella época de su carrera, era demasiado inteligente para no seguirla.

Los comienzos del Imperio fueron, pues, para el clero llenos de venturosas promesas. No fueron concesiones muy importantes, sino pequeños presentes, cada día repetidos. Poco tiempo después del acto del 2 de diciembre, una circular ministerial recomendó en los talleres dependientes del Estado la exacta observancia del descanso dominical. El Panteón, sucesivamente monumento civil ó edificio sagrado, fué entregado al culto. Las condiciones del reconocimiento legal fueron simplificadas para las congregaciones de religiosas. Los emolumentos de los obispos fueron aumentados. Un decreto restableció en favor de los canónigos de San Dionisio los antiguos sueldos reducidos en 1832. Poco tiempo después, otro decreto constituyó pensiones para los curas ancianos ó enfermos; la idea era excelente, y hubiera sido mejor si aquella caja de retiro no hubiese estado en parte alimentada por el producto de los bienes confiscados á los príncipes de Orleans.

A dichos favores se añadieron diversas medidas de preservación social. La Asamblea legislativa, sometiendo á una autorización previa «todo distribuidor de libros ó escritos,» había omitido el reglamentar su venta por la calle. Sin embargo, los vendedores ambulantes formaban una especie de corporación que compraba en

París, en Ruán, en Epinal y en Limoges libros baratos que revendían después en las poblaciones rurales. Por esa vía entraban en circulación algunos libros buenos. Pero las más de las veces se fomentaba la lectura de obras malsanas. Los vendedores acababan de decidir á los compradores irresolutos ofreciéndoles grabados licenciosos tirados aparte y que llevaban de reserva en el fondo de su caja. Calculábase que de nueve millones de libritos así distribuidos había al menos ocho millones que eran reprochables desde el punto de vista moral y sobre todo desde el punto de vista religioso (1). Una comisión creada por el ministro de la policía formó la lista de las obras que podían ser estampilladas para la venta, y, sin constituirse en juez de las ideas ó de las doctrinas, descartó toda producción peligrosa para las buenas costumbres ó calumniosa para la religión. El clero acogió con un favor extremo aquel espurgo que, en su celo, hubiera querido que fuese más completo. Lo que no veía con menos placer era la vigilancia más activa ejercida sobre las tabernas y el hecho de poner en vigor los reglamentos que las mandaban cerrar durante los divinos oficios del domingo: los bandos prefectorales de la época revelan casi todos el mismo cuidado, el de asegurar por medio de una buena policía la misma protección á la Iglesia que al Estado.

En un orden de ideas algo diferente, el espíritu elevado del príncipe le sugería á veces inspiraciones verdaderamente laudables y populares. Sabía que el pueblo de París, tan respetuoso de sus muertos, sentía cruelmente que ningún sacerdote acompañase hasta la fosa el entierro del pobre y la bendijese antes de cerrarla. Para responder á tan piadoso deseo, Napoleón instituyó á la entrada de los cementerios varios curas encargados de recibir los féretros y recitar sobre los difuntos las supremas oraciones de la Iglesia. A los consagrados á este ministerio se les llamó *capellanes de las últimas preces*.

No es calumniar al clero de Francia el atribuirle en aquella época poca ternura para las libertades perdidas. Entre aquellas libertades había sin embargo una que le había sido muy grata: *la libertad de los concilios*. Aparte de los concilios ecuménicos, la Iglesia había celebrado desde tiempo inmemorial asambleas menos solemnes que agrupaban á los delegados de una ó varias provincias eclesiásticas y en que se debatían cuestiones de disciplina y de liturgia. En tiempo de la Restauración y de Luis Felipe las suspicacias del poder no permitieron aquellas piadosas y doctas reuniones. Contra lo que era de esperar, la República de 1848 no les puso traba alguna. «De una revolución emprendida en nombre de la libertad de los banquetes nació la libertad de los concilios,» decía en cierta ocasión un obispo. En Reims, París, Aviñón, Tours, Burdeos y Soissons, los obispos se reunieron y formularon sus decisiones ó sus deseos. En esto sobrevino el golpe de Estado. ¿Quedaría la Iglesia exenta del silencio impuesto á todos? El gobierno creyó que, por este lado, la desconfianza sería superflua. Decididamente el Imperio era aún más favorable que la Restauración: anunciaba una protección

(1) Informe de M. de la Guéronnière, secretario de la comisión de la venta ambulante, al señor ministro de Policía, 4 d ab de 1853 (*Monitor* del 8 de abril de 1853).

igual y, por añadidura, más inteligente. Celebráronse varios concilios, principalmente en Amiéns, en La Rochelle y en Périgueux, y aquél derecho de hablar y deliberar, cuando todo el mundo callaba, tuvo un sabor de privilegio muy agradable.

Sin embargo, Napoleón III no pensaba establecer ningún régimen privilegiado. Los privilegios los quería exclusivamente para sí. Le convenía no conceder á los católicos más que mercedes que pudiese retirar ó suspender á su antojo: en cambio les concedía muchas. Nunca se hicieron más presentes á las iglesias: nunca se desplegó mayor solicitud en restaurar los edificios religiosos: nunca fué más aumentado el material del culto. Por lo que toca á París solamente, en aquella época se terminó la construcción de Santa Clotilde y la restauración de Nuestra Señora, y la iglesia de San Germán de los Prados se cubrió de admirables pinturas murales debidas á Hipólito Flandrin. Se calculó que el crédito inscrito en el presupuesto municipal para el mobiliario de las parroquias duplicó desde 1840 hasta 1856 (2).

Las buenas relaciones del gobierno con la Iglesia se manifestaban en todo, y principalmente en las ceremonias públicas. Las procesiones del Corpus nunca fueron tan brillantes como entonces, ni se vieron tan realizadas por el aparato de la pompa militar ó civil. Las órdenes religiosas se multiplicaban sin que la administración les pusiese la menor traba. Ciertas ceremonias demostraban un espíritu de concordia hasta entonces inesperado. Habiendo el arzobispo de París, Monseñor Sibour, instituido una solemnidad literaria anual llamada *Fiesta de las Escuelas*, se vió á los representantes del Estado, á los dignatarios de la Universidad y á los miembros del clero sentarse unos al lado de los otros, aplaudir juntos los mismos pensamientos, y, como se decía entonces, celebrar de común acuerdo «la alianza de la ciencia moderna y de la fe.»

Aquella evolución no se operaba sin obstáculos parciales ni exageraciones cómicas. Varios prefectos habían aprendido á leer en el *Constitucional*, se habían afiliado más ó menos á las sociedades secretas, habían jurado en su juventud sacrificarse eternamente por la libertad y odiar no menos eternamente la superstición. Habiendo faltado á la primera parte de su juramento, hubieran querido ser fieles á la segunda. Algunos resistieron á la nueva dirección, ya por invencible repugnancia, ya con la esperanza de que se entibiaría pronto aquel piadoso celo. Otros, por el contrario, obedecieron, y como se sentían sospechosos, llevaron su ardor demostrativo más allá de los límites encargados. Si una fiesta caía en día de abstinencia religiosa, no dejaban de anunciar en el periódico de la prefectura, á menudo redactado por antiguos fourieristas ó antiguos sansimónianos, que «Monseñor el obispo había sido consultado, y que Su Grandeza, en su tolerante indulgencia, se había dignado hacer ceder con tal motivo las prescripciones ordinarias de la Iglesia.» Si arengaban á los colegiales en las distribuciones de premios, á los alcaldes en los consejos de revisión, ó á los labradores en los comicios agrícolas, no se olvidaban nunca de dar gracias á la Providencia que había suscitado al emperador en el momento oportuno.

(2) El abate Darboy, *Statistique religieuse du diocèse de Paris*, pág. 39.

tuno para impedir que los altares fuesen profanados, los curas perseguidos y los excesos de la revolución reanudados. En sus discursos, mezcla de compunción devota y de amenazas contra los enemigos de la sociedad, no se sabía lo que dominaba más, si la ostentación de la piedad ó la ostentación de la fuerza.

Según la frase de un desterrado en Londres, «los bonapartistas iban á misa á tontas y á locas (1).» Efectivamente padecían olvidos y daban pruebas de ignorancia que hacían reír ó desconcertaban. Se les veía entonces buscar vanamente en su memoria las piadosas frases recién aprendidas, mientras que las viejas reminiscencias de sus antiguos amigos, Voltaire y Béranger, acudían con obstinación á su mente.

Aquellas ligeras disonancias no turbaban la nota general. La actitud del emperador tranquilizaba completamente gracias á su benevolencia. El soberano hablaba mejor que sus agentes, mejor que sus ministros y, sobre todo, mejor que sus aduladores. En 1853, durante un viaje al Norte de Francia, empleó con los obispos el lenguaje más elevado y más cristiano. El año siguiente, habiendo la epidemia cólera proporcionado al clero la ocasión de desplegar su abnegación, no se olvidó de felicitar por conducto del ministro de Cultos á los curas que más se habían distinguido, y supo dar á estas felicitaciones el giro más delicado.

## II

Al clero le gusta el incienso. Le gusta para la religión que representa, y, sin darse cuenta quizá, le gusta también para sí; por esto respiraba con delicia aquella atmósfera de benevolencia, y no se cansaba de comparar los amplios procederes de Napoleón III con la mezquina y parsimoniosa libertad del régimen de Julio. En medio de la alegría general, las voces discordantes eran raras: algunos, como el ilustre padre Lacordaire, permanecían tristemente retraídos, ó, como monseñor Dupanloup y el padre Ravignán, no se mostraban hostiles ni deslumbrados, practicaban la reserva y la aconsejaban á sus amigos; otros, á ejemplo de monseñor Jacquemet, obispo de Nantes, vertían en su correspondencia íntima la expresión de sus temores respecto á lo porvenir (2); había, en fin, algunos prelados que, por prudencia natural ó por previsión, evitaban el fijar sus sentimientos por escrito y, para pagar su tributo al nuevo poder, se contentaban con algunas palabras laudatorias. Aparte de estas excepciones, curas y obispos cayeron casi todos en el exceso del elogio y algunos llegaron á los últimos límites de la adulación. Entonces se vió un extraño ejemplo de lo que puede el abuso de las palabras. Para dar gusto al clero, el gobierno extremaba un poco su buena voluntad, y el clero, por su parte, queriendo corresponder con creces á lo que recibía, ampliaba la expresión de su gratitud; de ahí una doble exageración que ni por una ni otra parte era del todo sincera. Esto

(1) Schœlcher, *Le gouvernement de Décembre*, pág. 334.

(2) «Tranquilizados, escribió monseñor Jacquemet á Montalembert en 8 de enero de 1852: se inquietan en torno mío. Quisiera yo poder decir á mis colegas, á mis curas, á nuestras poblaciones que el nuevo poder sabrá contenerse y preservarse del mayor de los peligros, su autoridad ilimitada.» (*Correspondencia inédita*.)

explica las fórmulas devotas en labios que no lo eran mucho; esto explica también en labios episcopales las comparaciones impropias que no temían citar el nombre del emperador al lado de los grandes nombres de Ciro, Constantino, Carlomagno y San Luis. Más tarde, los respetables prelados, al repasar sus discursos, experimentaron alguna confusión y procuraron excusarse por ellos. Uno de ellos, monseñor Pie, el más ocurrente de los ultramontanos, hizo en forma original y justa la confesión de sus colegas: «En 1852, decía, Francia tenía tanta necesidad de un Carlomagno que bien se le puede perdonar el haber querido á toda costa ver á Carlomagno en Napoleón (3).»

Aquellas concesiones parciales, aquellos testimonios de cortés deferencia iban á ser el preludio de ventajas más positivas? La Iglesia lo esperó; esperó romper ó al menos aflojar algunas de las trabas que la Revolución le había impuesto; acarició el deseo, no de usurpar nada á la sociedad civil, sino de recuperar en las lindes algunas parcelas del terreno que tiempo atrás había perdido. Cada vez más confiada en el nuevo Carlomagno, osó esbozar en reclamaciones tímidas y ambiciosas á la vez el programa de sus quejas ó de sus deseos.

No fueron negociaciones abiertas, sino conferencias interrumpidas, reanudadas, interrumpidas otra vez; fueron insinuaciones discretas, preguntas hechas á medias y retiradas tan pronto como era visible que la contestación sería negativa ó diferida en demasía.

Al concordato de 1801, contrato sinalagmático entre Pio VII y Napoleón I, se habían añadido con el título de *Artículos orgánicos* ciertas disposiciones que reglamentaban la policía del culto, disposiciones ofensivas en el fondo y sobre todo en la forma, no consentidas por el papa y siempre desaprobadas por él. De un poder tan justo y tan exento de las antiguas preocupaciones ¿no sería fácil obtener que aquellos artículos fuesen abolidos ó revisados al menos? Tal era el primer *desideratum* del clero francés.

Otro punto le interesaba. El código Napoleón había subordinado de una manera absoluta el matrimonio religioso á la celebración previa del matrimonio civil. De ahí resultaba que, una vez llenadas las formalidades civiles, la unión de ambos esposos era indisoluble á los ojos de la ley secular aunque uno de los cónyuges se negase á hacerlo consagrar al pie del altar. Todo el mundo convenía en que tal hipótesis era rara, casi inaudita; sin embargo, no era del todo quimérica y había de ser motivo de escándalo y de dolor en cualquier parte que se produjese. Apoyados en este argumento, los católicos más celosos reclamaban un nuevo examen de las leyes sobre el matrimonio, y acababan de encontrar un defensor autorizado en la persona del Sr. Sauzet, antiguo presidente de la Cámara en tiempo de Luis Felipe y muy metido desde hacía algún tiempo en el partido religioso.

En otro orden de ideas, el Imperio naciente había despertado esperanzas que no deseaban más que crecer. El lector no habrá olvidado la circular del gobierno prescribiendo el descanso dominical en los talleres del Estado. Esta medida ¿no marcaba una regresión hacia

(3) Marqués de Segur, *Souvenirs et récits d'un frère*, tomo I, página 139.

la legislación de 1814, legislación caída en desuso, pero que prohibía el trabajo público del domingo? Para justificar la intervención del poder en tales materias, se invocaba el ejemplo de Inglaterra y de los Estados Unidos. Mientras tanto, el arzobispo de París, monseñor Sibour, prelado de mucha influencia en las Tullerías, creaba una asociación para el descanso dominical, se ingeniaba en prevenir las objeciones y hasta se esforzaba en suscitar una especie de movimiento de opinión en favor de la reforma propuesta.

Quedaba, en fin, la Universidad, la Universidad privada del monopolio, pero algo sospechosa todavía para los católicos. Aseguran que durante los días que siguieron al golpe de Estado se tuvo la idea de abolirla. La Iglesia no llevaba á tal extremo sus deseos ó al menos sus esperanzas. Lo que deseaba, lo que ella quería, era que el Estado, con sus tendencias constantes y, si era preciso, con algún texto legislativo, mantuviera en su puesto subordinado aquella corporación poderosa y no le dejase recuperar jamás el gobierno de la instrucción pública.

Tales eran en suma las aspiraciones del partido religioso. Mientras el episcopado se había contentado con homenajes y favores de detalle, se le había satisfecho. ¿Cuál iba á ser la suerte de aquellas demandas más positivas? Pronto se había de saber.

## III

En torno de Napoleón III, eran varios los que vigilaban por temor de que el soberano se entregase al partido religioso.

Uno de ellos era el príncipe Napoleón, quien, á pesar de sus frecuentes desavenencias con su primo, era apreciado y en ciertas ocasiones muy escuchado por éste. Otro de ellos era el Sr. de Persigny, personaje algo extravagante, pero muy adicto y fiel, incapaz de cometer á sabiendas una mala acción, pero de juicio poco firme y de consejo mediocre. Ministro del Interior desde 1852 hasta 1854, Persigny odiaba, sin saber por qué, á los ultramontanos, y como era muy independiente de lenguaje, no se recataba de decirlo. Veía en la derecha el principal peligro: vigilaba cuidadosamente los manejos de los católicos; sus recelos iban particularmente contra las sociedades de San Vicent de Paúl, diciendo que éstas eran irreprochables en París, pero que en provincias eran ya y serían aún más en adelante otros tantos instrumentos en manos de sus enemigos (1). En la prefectura de policía reinaba el mismo espíritu. Como la asociación para el descanso dominical acababa de ser creada bajo los auspicios de monseñor Sibour, el Sr. Pietri insistía vivamente para que el gobierno no favoreciese la nueva empresa. Había, sobre todo, un partido que denunciaba las miras alarmantes del clero; me refiero al partido de los *legistas*, poco representado en la camarilla del soberano, pero bastante poderoso en la magistratura y en el Senado. Eran antiguos parlamentarios, muy sumisos al poder, pero muy parlamentarios enfrente de la Iglesia: tales eran Delangle, Bonjeán y Rouland. Saturados de las antiguas doctrinas galicanas, las

(1) Carta de M. de Melún á M. de Falloux, 4 de mayo de 1854 (*Correspondencia inédita*).

exponían tanto más fácilmente cuanto que nadie, en la generación nueva, se hallaba en condiciones de poderles contestar: evocaban los recuerdos de su juventud, los billetes de confesión, las misiones ruidosas, Saint-Acheul, la Congregación y los jesuitas; para concluir, no dejaban nunca de escudarse con el gran nombre de Bossuet, lo cual daba á sus razones cierto aire grave y hasta cristiano. Personalmente, el emperador hacía poco caso de aquellas contiendas: el galicanismo era una de las cosas que él ignoraba completamente, y esa ignorancia era uno de sus mejores títulos á la confianza del clero. Sin embargo, toda aquella exhibición de textos y de máximas le deslumbraba un poco: parecía además que si las libertades galicanas podían suplir á las otras, no era justo retirar á los supuestos liberales el único alimento que les quedaba. Dejaba, pues, que hablaran y de vez en cuando parecía dar su aprobación. Apoyados en tal adhesión, los doctos partidarios del galicanismo continuaban su campaña. La continuaban en el Senado, y también en el consejo municipal de París, del cual formaban parte varios de ellos.

Aquellas disposiciones hacían presagiar serios obstáculos para las reivindicaciones eclesiásticas. Relativamente á los Artículos orgánicos, entabláronse algunas gestiones. En 1852, sondeado el príncipe por monseñor de Bonnechese, obispo de Carcasona, convino de buena fe que aquellos artículos eran criticables y que tarde ó temprano habría que tratar con el papa. Hasta encargó al obispo que manifestara sus sentimientos á Pio IX, y le indicó, aunque en términos algo vagos, que preparase las bases de un arreglo. Poco tiempo después, hablando de esta cuestión con el cardenal Donnet, el emperador dijo: «Monseñor de Bonnechese está encargado de negociar.» Transcurrieron los días y los años sin que interviniese solución alguna. El gobierno se contentó con ignorar los famosos artículos, con dejarlos caer en una especie de desuso, pero se guardó de abolirlos ó revisarlos.

Respecto al matrimonio civil, una nota del *Monitor* del 7 de abril de 1853, casi ofensiva en su altanera concisión, reprobó todo proyecto de modificación legal. Al año siguiente, una petición de los católicos de Marsella solicitó del Senado «el acuerdo de la ley civil y de la ley religiosa (2),» y los señores Delangle, Portalis y otros se alzaron con un vigor extremo contra las pretensiones clericales (3). En vano el cardenal Mathieu se esforzó para obtener algunos votos duñosos y abrigar su opinión detrás de la autoridad de monseñor Affre. El fracaso fué completo, y el sabio prelado no disimuló su contrariedad ni la pérdida de sus esperanzas.

El clero tampoco consiguió que el descanso dominical fuese sancionado por la ley civil. Algunos bandos municipales prohibieron la exhibición de mercancías en domingo y hasta prescribieron el cierre de tiendas. Pero fueron medidas aisladas. En 9 de junio de 1852 y en 6 de julio de 1854, el *Monitor* expuso en términos sen-

(2) La petición era que el oficial del registro civil, al consignar las promesas de las partes, les invitara á presentarle la prueba de una celebración religiosa ante el ministro de su culto respectivo y les advirtiera que los efectos civiles del matrimonio datarían del día de la celebración religiosa.

(3) Véanse *Actas del Senado*, 1854, tomo I, páginas 99 y siguientes.

satos y corteses el pensamiento de los poderes públicos: «El gobierno desea que la ley religiosa sea observada: en todas partes da el ejemplo, pero no quiere ni debe hacer más: eso es para cada cual una cuestión de libre conciencia que no admite presión ni intimidación.» Este lenguaje respondía al estado general de los ánimos, y sobre todo hubiera sido excelente si en las esferas oficiales no se hubiesen cansado pronto del buen ejemplo prometido.

La rigurosa restricción de los privilegios universitarios formaba el último *desideratum* del episcopado. Aquí la contrariedad fué mayor, pues los católicos no solamente no ganaron nada, sino que perdieron una de sus ventajas.

La ley de 15 de marzo de 1850, en el pensamiento de sus autores, tenía por objeto no sólo abolir el monopolio universitario, sino también sentar sobre bases nuevas el gobierno de la instrucción pública. Con tal objeto había creado en París, con el nombre de *consejo superior*, una asamblea compuesta de los delegados de los grandes cuerpos del Estado, del clero, de la magistratura y de la enseñanza oficial ó privada. En la capital de cada departamento se había organizado, con el nombre de *consejo departamental*, otra asamblea de menor categoría, pero formada de elementos semejantes, en que el prefecto representaba al gobierno, el obispo la religión y los delegados del consejo general ó de la magistratura el espíritu local y de familia. La dirección de la instrucción pública había de pertenecer á estos representantes de las autoridades sociales, y no á la Universidad. Para substraer á todo menoscabo aquellos consejos y en particular los consejos departamentales, se había tenido el cuidado de limitar la jurisdicción de los rectores y se había multiplicado su número á fin de restringir la influencia de cada uno de ellos. Se habían instituido ochenta y seis rectores, uno para cada departamento. Estos funcionarios conservaban sin duda la alta dirección de los establecimientos universitarios; pero muy eclipsados por el prefecto, el obispo y los funcionarios judiciales, no podían ya aspirar á una especie de manumisión sobre la educación de la juventud. La Universidad seguía siendo corporación docente y en muchas cosas privilegiada, pero no era ya poder directivo: esta alta magistratura de la enseñanza descansaba enteramente en los consejos, en el superior y en los departamentales, y este era uno de los caracteres distintivos, quizá el más original, de la ley de 1850.

Pues bien: durante la legislatura de 1854, el gobierno propuso substituir los modestos rectores departamentales por diez y seis rectores que administrasen, con el nombre de *Academia*, una jurisdicción compuesta de cinco ó seis departamentos y se apoyasen en un consejo llamado *consejo académico*, donde el elemento universitario estuviese en mayoría. Las consecuencias eran fáciles de prever. En buena lógica, la libertad subsistía. Pero la ley de 1850 era alterada en uno de sus pensamientos principales. ¿Qué iba á resultar de los consejos departamentales en presencia de aquel poderoso rector, en presencia de aquel consejo académico en que la Universidad predominaría? ¿Les sería posible, en sus límites territoriales, conservar en materia de educación la autoridad tutelar de que habían sido investidos por el

legislador? Aquellos mismos rectores, asimilados en lo sucesivo por la extensión de su jurisdicción á los primeros presidentes y á los procuradores generales, ¿se contentarían con dirigir los establecimientos oficiales, ó querrían recuperar ó reivindicar en su distrito aquella dirección general reservada desde hacía cuatro años á los delegados de la magistratura, del clero y de los cuerpos constituidos?

En el nuevo proyecto, el episcopado y los católicos vieron una primera revancha de la Universidad. El gobierno no perdonó medio para calmar los temores. Dijo que el proyecto no tenía más objeto que crear grandes centros de instrucción y reanimar la enseñanza superior casi extinguida: en vísperas de la discusión pública, el *Monitor* fué consagrado á acreditar esta tesis. A pesar de todo, la desconfianza subsistió. En la prensa católica las reclamaciones fueron vivas; y lo hubieran sido aún más si una amonestación oportuna infligida al *Amigo de la religión* no hubiese probado los peligros de la crítica. En la Cámara de los diputados, los señores de Andelarre, Anatolio Lemerrier y Montreuil combatieron á los oradores oficiales. A la hora del escrutinio, una oposición de treinta y nueve votos (oposición considerable para la época) reveló la repugnancia de ciertos católicos á cambiar ó mutilar en nada la obra de la Asamblea legislativa.

Estas decepciones no alteraban sensiblemente las relaciones entre la Iglesia y el Estado, que, después de todo, seguían siendo excelentes. Sin embargo, ciertos ligeros matices daban á conocer que el entusiasmo se había entibiado un poco. Las pastorales ya no hablaban de Carlomagno: se limitaban á manifestar una aprobación tranquila y una seguridad serena para lo porvenir. Al recibir los homenajes que se les seguía prodigando, los obispos dejaban traslucir de vez en cuando algún pesar discretamente reprimido. A principios del Imperio, algunos habían esperado una verdadera contra-Revolución. La realidad, aunque muy satisfactoria, les parecía algo mezquina, comparada con la ilusión. Habían esperado un libro, y el libro se detenía en el prefacio.

#### IV

Quizá la Iglesia hubiese llevado á cabo sus reivindicaciones si el emperador, por su parte, hubiese obtenido un testimonio de deferencia que á sus ojos hubiese realzado su poder y satisfecho sobre todo su vanidad. Uno de los principales cuidados de Napoleón III consistía en imitar á su tío. Como Pío VII había venido á París para coronar al autor del Concordato, figuróse que no sería difícil decidir á Pío IX á la misma condescendencia con él.

El soberano no confió sus ambiciones y deseos á la embajada de Francia. La negociación era de naturaleza demasiado delicada para que hubiesen de quedar huellas en las cancillerías. Si el proyecto fracasaba, importaba que pareciese que no se había intentado. Además Napoleón era aficionado á las misiones secretas, paralelas y á veces contrarias á las gestiones oficiales. Este episodio de diplomacia sacerdotal y cesariana merece ser referido.

Parece que el primer negociador fué, no un cura, sino

un militar. En 1852, el general Cotte, ayudante del emperador, muy conocido por sus sentimientos piadosos, fué á Roma y sondeó al Padre Santo sobre sus intenciones. Ignoramos lo que contestó el papa. Lo que sabemos es la acogida dispensada á un segundo enviado que poco tiempo después, hacia el mes de octubre, llegó al Vaticano.

Este enviado era monseñor de Bonnechose, obispo de Carcasona, prelado muy eminente, de mucha influencia, igualmente afecto al emperador y á la Iglesia, dotado de la alta reserva y gran porte del antiguo clero francés, muy apto para la diplomacia y nada desdenguado de las cosas humanas. El papa le dió á conocer confidencialmente las proposiciones ya traídas por el general Cotte. Añadió que no le repugnaba ir á Francia, pero que temía que la coronación realizada en París fuese para las demás potencias motivo de celos y envidia. «¿No sería posible que la ceremonia se celebrase en Roma?» preguntó monseñor de Bonnechose. Y añadió con cierta ironía: «El emperador no puede ofenderse de que se le proponga el ejemplo de Carlomagno.» Las negociaciones se traslucieron algo. Varios obispos franceses, que se hallaban entonces en Roma, fueron consultados, particularmente monseñor Rouvier, obispo del Mans. Monseñor de Salinis, obispo de Amiéns, prelado tan entusiasta por el Imperio como lo había sido por todos los regímenes anteriores, llegó poco tiempo después y también recibió sin duda algunas confidencias. Sin embargo, á los ojos del Padre Santo, como á los ojos de monseñor de Bonnechose, una cuestión dominaba á todas las demás: «¿Cuál sería el precio de tan gran concesión?» La revisión de los Artículos orgánicos acudía naturalmente al espíritu. El papa encargó á uno de los prelados del Vaticano, monseñor Santucci, que preparase una exposición no solamente de este asunto, sino también de todas las demandas de la Iglesia. En 17 de enero de 1853, recibiendo al obispo de Carcasona en audiencia de despedida, le entregó la memoria de su secretario: «No son más que los principios,» hizo observar el Padre Santo; y dió á comprender que transigiría sobre ciertos puntos y reduciría, si fuese necesario, sus pretensiones.

Pocos días después, monseñor de Bonnechose llegó á París precisamente en el momento en que la capital se engalanaba para el casamiento del emperador. Tuvo dos entrevistas con el soberano, quien le manifestó sus grandes deseos de ser coronado y le interrogó con ansiedad acerca de las disposiciones de Pío IX. «Oficialmente no sé nada, contestó monseñor de Bonnechose; el papa está muy dispuesto, pero la cosa presenta grandes dificultades.» Al emperador correspondía allanar una de ellas, la referente á los Artículos orgánicos. Napoleón III adelantóse á la objección diciendo: «Comprendo muy bien que el papa no pueda transigir sobre ciertos principios; pero yo también tengo que tener en cuenta la preocupación pública.—Sin duda, contestó el obispo; pero á falta de un convenio sinálgmático, Vuestra Majestad puede, sin la intervención del papa, cambiar ciertas disposiciones desfavorables á la Iglesia substituyéndolas por otras mejores.—No, no, quiero hacer un concordato é introducir en él todas las atenuaciones compatibles con el estado de la opinión.» Y el emperador puso fin á la entrevista despidiendo al prelado con

estas palabras: «Os mandaré á llamar si viene al caso (1).»

Al parecer no le volvió á llamar. Relativamente á la coronación, Napoleón tenía en Roma otro depositario de sus pensamientos en la persona de monseñor de Segur.

Nuestra generación recuerda aquel anciano tan activo á pesar de su ceguera, tan metido en todas las obras de beneficencia, y cuyo rigor doctrinal era temperado por una indulgente bondad tan grande que ni sus adversarios hubieran podido verlo sin quererlo. Monseñor de Segur era entonces un joven cura, recién salido del gran mundo para el sacerdocio, muy en evidencia por su familia, por sus notables cualidades de inteligencia y sobre todo por su santidad siempre la misma, amable y jovial. Napoleón le vió y quedó encantado de su porte y de su espíritu, y le sedujo á su vez sin reserva. En la primavera de 1852 le envió á Roma como auditor de la Rota. Allí, gracias á su parentesco con monseñor de Merode, fué introducido en el Vaticano y se captó en seguida la benevolencia paternal de Pío IX.

El emperador no podía encontrar mejor intermediario. Establecióse una correspondencia entre el poderoso monarca y el cura. A Napoleón le gustaban estos contrastes, y de la misma manera que se complacía en relaciones contradictorias, sus cartas circulaban por círculos muy diferentes. En aquellas cartas (á juzgar por lo que de ellas se ha conservado) Napoleón mostraba los mejores sentimientos, el mayor celo por la Iglesia, persuadido, y no sin razón, de que cada uno de sus pensamientos sería llevado á los pies del Padre Santo. En la primavera de 1853, juzgando que la solución no podía ser diferida por más tiempo, decidióse á practicar una gestión decisiva.

El 8 de mayo, aprovechando la ocasión de que un prelado italiano, monseñor Ricci, marchaba á Roma, el emperador le confió una carta para el Sr. de Segur. Bajo el mismo sobre había otra carta para el Padre Santo y en la cual Napoleón III suplicaba lisa y llanamente á Pío IX que viniese á París á coronarlo. Tan pronto como se halló en posesión de aquellos importantes despachos, el joven auditor de la Rota se presentó en el Vaticano. El Soberano Pontífice abrió lentamente el mensaje, lo leyó una y otra vez con atención profunda, escindiendo ciertas palabras, apoyando sobre ciertas sílabas y manifestando una satisfacción visible. Terminada la lectura, Pío IX exclamó: «*Ecco una magnifica lettera*» (he aquí una magnífica carta). La reflexión moderó luego el entusiasmo de su alegría, y el Padre Santo añadió: «Hay dificultades, grandes dificultades.» En el acto indicó dos: la primera provenía de Austria, que estaba á punto de concluir un Concordato ventajoso para la Iglesia y que se ofendería de una preferencia injustificada; la segunda estaba en los Artículos orgánicos. Aquí la voz del Padre Santo se animó: «Hay artículo de esos que es un bofetón para mí,» dijo emocionado (2).

No hay como los santos para no conocer obstáculos, y el Sr. de Segur era un santo. Invitado por Pío IX á emitir su parecer, el piadoso y ocurrente cura pronto hubo

(1) Memorias de monseñor de Bonnechose (*Vie de Mgr. de Bonnechose*, por Mgr. Besson, tomo I, págs. 317-320).

(2) Marqués de Segur, *Souvenirs et récits d'un frère*, tomo I, página 194.